



SUMARIO

CARLOS MIRANDA
De parranda.

MINGO REVULGO
Bocaccio, en acción.

FELIPE TRIGO
El médico rural.

ANTONIO DE LEZAMA
El mordisco.

RAMÓN ASENSIO MÁS
Apuntes madrileños.

LUIS DE OSSA
Nuestras cocotas.

ANTONIO LOZANO
Por un beso.

TOVAR, DEMETRIO, ESTEVANILLO,
ALFONSO y ENRIQUE

Caricaturas y retratos de Elisa Pomar,
Amalia Lorenzo y otros dibujos.



ELISA POMAR

Tonadillera muy bonita, que actualmente luce su
palmito en Gijón, y que cuando aparezca en Madrid
va á armar una revolución...

5 cénts.



ORATE, FRATRES...

Señores, ya no sabemos de qué escribir los plumíferos que tenemos la desgracia de «explotar» lo *sicalíptico*, según dicen los catones de estos días *laciervísticos*, más lúgubres y más lóbregos que los salmos del Oficio, de Difuntos; de manera que los escritores míseros, obligados á *hacer gracias* sólo por un perro chico para entretener al público que nos acoge solícito, no sabemos á qué carta quedarnos y nos sentimos más serios que un empresario de pompas fúnebres. Visto lo cual, va á haber que dejarse de hacer versos *sicalípticos*, y hablar del culto y del clero, de la fiesta del Santísimo Corpus Christi, de rosarios, de novenas y de triduos, y de las Cuarenta horas y demás asuntos místicos...

¡Cómo cambian los tiempos!
¡Quantum mutatus ab illo!...
 «Antiguamente eran dulces» los trabajos periodísticos,¹ y hoy se han vuelto más amargos que el aceite de ricino.
 ¡Cualquiera se pone alegre, viendo los semblantes lívidos,² pálidos y cadavéricos con que los censores rígidos interpretan los dibujos y examinan los escritos que se insertan en las hojas volantes del periodismo!

Todo es nefando y vitando para esos adustos críticos á quien se le antojan huéspedes los dedos, y ven delitos por todas partes, y tratan de que perdamos el juicio (con las costas consiguientes) los malhadados plumíferos¹ que somos cultivadores del género *sicalíptico* ..

Va á haber que abuecar el ala, señores, ó hincar el pico; no siendo que prefiramos sufrir el duro suplicio de vernos—entre alguaciles y polizontes—camino de la Casa de Canónigos¹ para ir desde ella al patíbulo, ya que hasta ahora la pena de muerte no se ha abolido.

Por eso veréis, lectores, que estoy haciendo el ridículo de una manera espantosa, y es que no sé qué deciros para animar vuestros ocios² y alegrar vuestros espíritus.

La Primavera se viste de verdor; pero á los chicos de la prensa que son verdes, les cortan el revésino, y hay que cambiar de bisiesto, recordar lo de jojo al cristol¹ y, en fin, cantar la gallina cual si fuéramos *Gallitos*...

Yo, á seguir así las cosas, tendré que hacerme ministro del Señor, ó rapavelas, ó acólito ó chupacirios,¹ y, en vez de irme de parranda, decir: *¡Dominus vobiscum!*...

Carlos Miranda

BOCACCIO, EN ACCIÓN



RA el señor Tomás, sin duda alguna, el más consecuente y voluminoso de los industriales de la Bombilla.

Había puesto hacía muchos años, por cuatro cuartos mal contados, un merendero en uno de los más frondosos rincones de la ribera del Manzanares. Y, además, lo había decorado con profusión de cenadores en los más laborfínticos escondites; lo había titulado pomposamente *El Asilo de las Musas* y lo había acreditado con cierto guisote que le enseñara el camarero de á bordo, cuando nuestro señor Tomás partiera con dirección á las Américas desde la brumosa tierra asturiana.

Elo es que al *Asilo de las Musas* concurría una numerosa y selecta concurrencia. Y no solamente por el precitado guisote y por la precitada frondosidad de los rincones, sino también por ver á la hija del señor Tomás, que...

*

Lucía era una muchacha morena, de ojos negros, de rojos colores, de senos firmes y abultados y de caderas definitivas. Procedía esta preciosidad de mujer de un pequeño desbarajuste nocturno habido á bordo, entre los pasajeros de tercera, en el trasatlántico que condujo á América al señor Tomás.

Este se equivocó de camarote, se metió en la estrecha litera, en compañía de cierta andaluza, y salió Lucía. El señor Tomás no se separó nunca de su hija, desde que ésta vino al mundo; pero en cambio no se volvió á acordar para nada de la andaluza del trasatlántico.

Bueno, pues Lucía, á pesar de sus rojos colores, de sus senos firmes y de sus caderas definitivas, era una muchacha romántica.

Frecuentemente, al atardecer de los días primaverales, se la veía surgir por lo más intrincado de la fronda; y surgía jadeante, encendido el rostro, los ojos brillantes y los labios húmedos... Indefectiblemente, Lucía llevaba en la mano un tomo de cuentos de Bocaccio.

—Pero, ¿de dónde sale usted, Lucía?— preguntábale á lo mejor algún parroquiano.

—De hacer una visita á mi pajarito.

—Y que debe ser un pájaro de cuenta, porque se sofoca usted con él demasiado.

—No lo crea usted; es que me agito porque me muevo mucho.

—Lo creo.

En esto llegaba el señor Tomás y terciaba en la conversación, y explicaba al malicioso parroquiano, con una candidez sorprendente, que su hija tenía un rui señor en libertad, pero perfectamente domesticado.

—Ya ve usted—decía el bueno del señor Tomás—cosas del romanticismo; á mi niña la ha dado por ahí. En verano, todas las noches, después de cerrar el establecimiento, yo me acuesto, pero mi Lucía hace todavía una



El ciego. —¡No hay mayor pena en el mundo que el haber visto y no ver!

visita á su rui señor, que trina, alegre, en la enramada.

—Pero, ¿usted ha oído cantar á ese rui señor, señor Tomás?—preguntaban, algo asombrados, los concurrentes.

—Ya lo creo, y lo hace maravillosamente.

—¿Y por qué no lo caza usted con liga?

—Cá, no señor; buena se pondría mi hija si le quitara el objeto de sus paseos nocturnos... ¡Es tan romántica la pobrecita!

—Pues cuide usted de los pájaros noctur-

nos, porque no suelen traer nada bueno, señor Tomás.

—¿Ni los ruisseñores?

—Ni esos.

Estas frases las había deslizado al oído del señor Tomás cierto parroquiano, envidioso, sin duda, del parlero ruisseñor de Lucía. Y



—¡Ay, hijo, cómo te han puesto ese ojo!...

—Lo del ojo no lo siento; lo peor es que me han estropeado el físico.

ellas hicieron germinar la duda en el alma del dueño del merendero.

*

Digamos ahora que Lucía no era romántica más que en apariencia. La lectura de un

cuento de Bocaccio la inspiró el modo de poder ver todas las noches á su novio y pasarse con él dos horas largas, protegido por las ramas de la añosa encina.

El procedimiento era muy sencillo. Rafael, que así se llamaba el galán, había provisto de un silbato especial que imitaba á maravilla el canto de los ruisseñores.

Y Lucía, con una pureza de expresión encantadora, había dicho á su padre.

—Papá; en una rama, hay un ruisseñor con el que he trabado amistad íntima; todas las noches, cuando me ve, lanza al aire sus trinos, se posa en mi hombro y me da el pico, mimoso y coquetón. Papá, yo quiero bajar todas las noches á la enramada; una hora con mi ruisseñor me encanta, me enajena...

Accedió gustoso el señor Tomás á esta inocente distracción de Lucía, y, desde entonces, todas las noches, sin dejar una, se oye en las frondas el canto del ruisseñor, y todas las noches baja Lucía á prodigar al pajarito sus consuelos.

Todas las noches... hasta la de autos, en la que, escamado el señor Tomás por las ponzososas palabras del parroquiano, resolvió bajar él también á hacer una visita al pajarito.

Y bajó... y vió á su hija con Rafael... á solas... bajo el cielo tachonado de estrellas... y en una de esas posiciones que anonadan á cualquiera.

Y el pobre señor Tomás, al ver que los tiesos bigotes de Rafael se ensañaban en los labios de Lucía, se lamentaba así:

—¿Conque te daba el pico?... ¡Pues yo no ví en mi vida un ruisseñor con bigotes á la borgoñona...

Mingo Revulgo

En el pasado número excitamos las iras, —justificadísimas, valgan verdades— del señor Fiscal, y hasta fuimos objeto de la recogida...

Lo lamentamos por aquellos de nuestros lectores á quienes quede incompleta la colección; pero, ¡por lo demás!... «Nosotros, somos nosotros», y el público, nuestro Señor único, nos conoce y no nos confunde afortunadamente, con los que van detrás... ¶

EL MEDICO RURAL (1)

Ahora verás! Verá usted, Esteban!... ¡Vamos á beber el champagne en carácter! ¡Cómo me recuerda esto los tiempos de Madrid, del mundo!... ¡Te voy á dar una sorpresa!

Pasó á la alcoba, cerró las vidrieras, y

veinte minutos después aparecía soberbia, magnífica, toda llena de joyas, con un riquísimo traje de cupletista que dejábala al aire las piernas, los brazos, los pechos...

Volvió á sentarse junto á Esteban, casi encima, y brindaron y bebieron. El besábala en un hombro, la abrazaba la cintura..., y no

parecía Evelina darse cuenta, más borrachada cada vez...; pero la besó en la boca, y en-

tonces sí... le largó una bofetada. Al segundo de estos besos, protestó:

—No, oiga usted, oye tú, ¡basta, Esteban!... ¡Eso... nunca, bien lo sabes! Mira, vas á ver mis trajes..., todos, todos... ¿Quieres?... ¡Un caudal!

Desapareció de nuevo, y [sacó otro, más



—¡Qué tienes tú que hablar de mi hija! Si le ocurrió ese tropiezo fué porque al verse sola con su novio se quedó privada del conocimiento.

—Entonces, ¿el que no se privó de nada fué él?

escotado aún, verde, y cuajado de imbricadas lentejuelas que le hacían parecer una sirena. De pie Esteban, para examinarlo en sus detalles por el pelo y por los hombros, la dió otro beso en la boca..., y Evelina, acep-

(1) Fragmento de la hermosa novela que con este título acaba de publicar el maestro de «estas cosas», el insigne Felipe Trigo.

tándosele en unos más que largos instantes que embriagaron de otras embriagueces á los dos, huyó y le reiteró, al fin, sus preven- ciones...

—¡Que no, Esteban! ¡Sé formal!... Ahora, ¡espérate!... voy á tardar un poco, porque son mallas. Y no te asomes, ¡ojol ¿eh?

Cuerdamente creyó el apasionado que esta



—Sí, señor de guardia; opino como Maura. Cuando los conservadores no están en el poder, la Moral desaparece. ¿Usted la ve ahora por alguna parte?

—Hombre... por aquí pasan muchas al cabo de la noche; pero, la verdad, no me suena que á ninguna la apoden de esa manera,

era la feliz invitación. Temblaba. No sabía por qué, le mía y ansiaba con ansias del infierno lo que iba á suceder. Mirando á través del vidrio, veía borrosamente desnudarse, porque el visillo era espeso. Entrea- brió luego la puerta, sigiloso, y pudo con- templarla en cueros, por la espalda, ponién-

dose ¡la malla, al lado opuesto del lecho. Entró..., llegó hasta ella de puntillas; la abrazó. Evelina ahogó un grito y se le desli- zó rápida y suave como un pez, de entre los brazos. Corrió, y arrancó la colcha de la cama, envolviéndose cuando él volvía á al- canzarla. Fué una lucha feroz y lamentable..., larga, de esfuerzos y gemidos. Ella, teniendo que atender á ocultar su desnudez entre aquellas derribadas de colcha y á rechazarle, mordfale furiosa:—«¡Que no! ¡Que no! ¡Que me haces daño!...» Enérgica, logró escapar cuando ya veíase tendida encima de él y de la cama... y con un tal esfuerzo de brutali- dad y de violencia, que Esteban, vencido y renegado, sin moverse, le lanzó con toda ra- bia del dolor de sus mordiscos y de tantas burlas al fuego de su sangre:

—¡Oh, tú! ¡Maldita seas!...

Y fué un conjuro que tuvo la virtud de contenerla, de convulsicnarla, de petrificar- la... allí, de pie, mal envuelta por las sedas, tocada en no sabíaase cuál galvánico resorte de sus supersticiones de truta ó de su or- gullo.

Por un momento no se oyó más que la fuerte respiración de su nariz y el jadear del insensato.)

Luego, ella, que miraba cómo á él fluía el sangre de los dedos, prorrumpió:

—¿Por qué..., por qué me has dicho eso?

Dobló la frente, llevóse á los ojos ambas- manos empuñadas en la colcha, y fué presa de una súbita y trémula explosión de llanto de borracha.

Acercábase á la cama, lenta. Tomó la iner- te mano herida, y la besaba.

—¿Por qué me has dicho eso!

Las lágrimas se confundían en los besos con la sangre. Esteban la enlazaba, la atraía...

—¿Por qué me has dicho eso? ¿Por qué, por qué me has dicho eso?

Era una aterrada. Era una sumisa entrega- da por un absurdo conjunto inexplicable de terror, de bestialidad, de piadosa vanidad, de inconsciencia del alcohol y la lujuria...

Felipe Trigo.

EL MORDISCO

Si nuestros amables lectores quieren divertirse, les aconsejamos que se vayan á Santa Marina de Castellblanco.

Es este un pintoresco conjunto de villas y palacetes, situado en uno de los parajes más encantadores de la costa del Adriático.

Sus habitantes son la bondad y la galantería personificadas, y su clima, apacible; pero lo mejor de Santa Marina son las mujeres. No es posible encontrar en parte alguna mayor suma de encantos y más vivos deseos de agradar.

Puede decirse que en Santa Marina sólo se vive para hacer el amor á aquellas maravillosas mujeres.

Así debía pensarlo Carlos Florio, un bizarrísimo oficial de caballería que en Santa Marina pasaba un mes de licencia. El uniforme, la figura y el encanto de la conversación del oficial, le conquistaron un puesto entre la buena sociedad de la playa italiana!

Carlos Florio tardó poco en decidirse y aún menos en conseguir que la esposa del comendador Martín Conti, el diputado por Santa Marina y hombre más celoso que un turco, correspondiese á sus insinuaciones

amorosas y galanteos con miradas capaces de inflamar un quinqué.

Como esto del cariño es una de las cosas que más rápidamente se complican en el mundo, á los cuatro ó cinco días la gentilísima señora de Conti se dejaba besar la mano por el oficialite; á los seis, Carlos



El.—Pues sí, y sí, y sí...

Ella.—Pues no, y no, y no. ¡Ya me he cansado de que quedes siempre encierra, porque me revientas!

Florio le besaba los brazos y al día siguiente su ternura no reconocía límites ni fronteras.

Irene Conti se entregaba al militar con toda la vehemencia de su alma meridional, y Carlos Florio, que se había apasionado por la hermosa, llegaba en sus demostraciones al paroxismo.

Irene salía de sus entrevistas con Florio

más enamorada que al entrar, pero toda llena de arañazos y contusiones.

El comendador, al principio, no reparó en los cardenales y erosiones de su esposa, pero al ver cada día una nueva señal acabó por escamarse.

Las preguntas del marido las contestaba Irene con la tranquilidad y astucia propias de las mujeres. Un día los arañazos se los habla hecho con una aguja, otro aseguraba



—Mira qué bien trajeada va ahora la Sinfonía; cómo ha prosperado desde que ha cambiado de oficio su marido!

—¿Fues qué hace?

—Negocia en cueros.

que las señales que tenía en una mejilla fueron causadas por entrar á obscuras en su cuarto y tropezar contra una puerta.

Llegó un momento en que las explicaciones no satisfacían ya al comendador, que andaba con la mosca detrás de la oreja.

Como jamás falta un amigo carñoso, el comendador se enteró de que un oficial hacía la corte á su mujer. Lo que no pudieron decirle fué el nombre.

Esto contrarió profundamente al malaventurado parlamentario, porque en Santa Marina de Castellblanco eran varios los militares que veraneaban y numerosísimos los que pasaban allí el día, aprovechando su proximidad á la capital de la provincia.

Sólo pudo averiguar que el galanteador de su mujer era rubio y tenía tres dientes de menos: dos en la mandíbula inferior y uno en la de abajo.

Tampoco esta seña era suficiente para dar con el que atentaba á su honor, porque los hombres, generalmente, andamos con la boca cerrada, sobre todo en verano, en que tanto abundan las moscas.

Contrariado y caviloso, nuestro buen comendador se pasaba el día pensando la forma de topar—bien podía hacerlo—con el mellado Don Juan.

✱

La escena entre los esposos habia sido terrible. Un ligero desorden en el peinado de Irene, motivo de la desesperación del celoso marido, hizo que Conti dijera á la linda italiana cómo malas lenguas le habian enterado de que un militarcito rubicundo y mellado era quien probablemente tenía la culpa de los arañazos y cardenales que con tan desagradable frecuencia sufría ella.

Irene no perdió la presencia de ánimo, pero se puso sobre aviso.

Aquella misma tarde montó en su automóvil, acompañada de su perro favorito, un enorme San Bernardo, y se fué, como siempre, á ver al gallardo Florio.

Al principio les preocupó la noticia; pero muy pronto se olvidaron de todo, y también en aquella ocasión Irene salió señalada.

En uno de sus alabastrinos brazos se veían clara, perfectamente, las señales de una dentadura á la que faltaban tres dientes, dos en un lado y uno en otro.

Horrorizados ambos amantes intentaron borrar la huella de su delito, pero cuanto más frotaban más claramente aparecía.

Florio pensó adelantarse á los acontecimientos; pero Irene, más serena, se opuso á tan extrema solución y quedóse pensativa. Los sonoros ladridos de Sansón, el San Bernardo, le sacaron de su meditación.

Una luz extraña fulguró en sus espléndidos ojos negros. Despidióse del oficial y montó en el auto con el perro.]

✱

Como todo llega en el mundo, también á Irene le llegó el turno en la consulta.

Con ademán decidido y cara sonriente penetró seguida de su fiel can, en el despa-



—Desengáñese, marquessa; todo eso no es más que flaquezas de la carne.

—¡Cómo se vé que usted no me conoce por dentro, padre!

cho del famoso dentista yankee Mr. Holiday.

—Usted dirá, señora, lo que desea.

—Una cosa muy extraña; quiero que saque usted tres dientes á mi perro.

Mr. Holiday pegó un salto al oír tan rara proposición.

—Señora, usted está equivocada ó sufre una seria perturbación cerebral. Eso es cosa de veterinarios.

—No, caballero; he recorrido toda la población sin encontrar ninguno, y como la cosa es de extrema urgencia, acudo á usted.

—Lo siento mucho—exclamó el ofendido odontólogo—pero no rebajo hasta ese punto mi dignidad profesional.

—Le doy á usted doscientas liras.

—No.

—¡Quinientas!...

—No.

—¡Mil!...

—No, no y no.

—Es usted un miserable.

—Y usted, señora, me va á hacer creer que no tiene su cerebro en estado normal.

Irene se dirigió hacia la puerta, preocupadísima; pero una nueva idea le hizo retroceder.

—Mr. Holiday, ¿haría usted esa operación por un beso?

El yankee quedóse absorto, y la hermosa italiana aprovechó la coyuntura para sedu-

cirle con sus infinitas gracias de mujer sabiamente amorosa.

Salomé, Herodías, Friné, Judith eran despreciables aventureras, sin encanto, al lado suyo.

El dentista trató de resistir la tentación, pero jera tan bonita Irene!

Venciendo todo escrúpulo profesional, agarró unas tenazas americanas, amarró á Sansón y después de lanzar una mirada codiciosa á la italiana se dispuso á extraer los dientes al pobre chucho.

Tres horas más tarde, Sansón aullaba lastimero en el automóvil, mientras su ama componía ante un espejito de mano las ondas de su peinado.

Para qué contaros lo que ocurrió entre el comendador y su esposa.

Sólo os diré que en el alma del diputado hay sepultada una duda amarga; pero, por si acaso, ha llevado á Irene á un instituto antirrábico, y el pobre Sansón está en observación para matarlo en caso de hidrofobia.

Antonio de Lezama.



—¿También hoy ha venido tu primito?

—¡Pero qué manía le tienes... y el pobre es tan servicial!

—Tanto... como que voy sospechando que yo te visto y él te desnuda.

que se me nubló la vista,
me empecé á sentir muy mal
y me desplomé redonda
sin sentido en el sofá.

—¡Rediez!

—El señor, al verme,
y queriéndome auxiliar,
se me echó encima de pronto,
me levantó el delantal,
me quitó el corsé y la chambra
con la mejor voluntad,
y viendo que, ni aun por esas,
conseguía respirar,
me vertió dos vasos de agua.

—¿De veras?

—Es natural.

Y cuando se disponía
á arrojarme otro, vas
y te presentas de pronto
y comienzas á gritar
y á dar gruñidos y coces
lo mismo que un animal,
de una forma que, cualquiera
que te escuche, pensará
que me has cogido en fraguante
con este joven, lo cual
no es cierto, y yo te lo juro
por nuestros hijos, Julián.

—Y yo también; sí, señor!...

—Pero, ¿sos queréis callar?

—¡Pues no me ofendas!

—¡Ni á mí!

—Yo soy muy buena.

—¡Es verdad!

—Y ni en cuatrocientos años
que viva seré capaz
de faltar á mi marido.
Por estas cruces, ¡mialas!
—¿No me engañas, Celedonia?...
—¿Yo qué te voy á engañar?
¡Que me muera de repente
si lo que digo es verdad!
—¡Basta! Dispense usted, por favor....
¡Y tú deja de llorar,
y utiliza pa secarte
los picos del delantal!
Confieso que me he ocecado
por no pararme á pensar
que us'é es un chico decente
y ella una señora honrá
y yo un comerciante digno
de una albarda y de un ronzal.
Me he equivocado, lo declaro;
pero como yo, al entrar,
los ví á ustedes revolcándose
por encima del sofá,
pa que no haiga duda alguna,
ni nos juzgue nadie ma',
déjenme ustés que resuelva

la cuestión á bofetás.

.....
.....
.....

Carreras, golpes, aullidos
y escándalo general,
que constituye el encanto
de toda la vecindad.

¡Cuántos maridos he visto
que, lo mismo que Julián,
parece que se conforman...
pero se vuelven atrás!

Ramón Asensio Más.



— ¡Pero, por Dios, Antonio; espere usted si-
quiera á que me quite el luto!

— Bueno; ¡cuestión de un par de minutos!



—Niña bonita, ¿cómo llamaría á su corazón?

—Con dos duros.

EPIGRAMA

Titta Rufo fué invitado á un lunch por don Blas Cascante, y el eminente cantante la invitación aceptó.

Cuando el momento es llegado del té, se le acerca Rita diciendo: Tome té, Titta; y su taza le ofreció.

Gabino Peraita

OJO CON LOS BAÑOS!

Ojo con los baños, dulces lectoras. Ustedes no saben, seguramente, lo que le ocurrió á una condesa rusa (estas cosas suceden casi siempre en Rusia), por no saber un poquito de química.

Esta condesa tomaba casi á diario baños sulfurosos, y un día, apenas entró en el agua, notó con el consiguiente horror que se volvía negra.

La explicación del fenómeno consiste en que aquella señora se pintaba diariamente cara, cuello, brazos y manos con una substancia que contenía zinc y en que el día de referencia se olvidó de despintarse antes de entrar en el baño.

El zinc combinado con el azufre del agua, dió por resultado que la belleza de la condesa adquiriese un bonito carácter etiópico,

que por cierto tardó bastante en desaparecer.

Ya lo saben ustedes: lo mejor que pueden hacer cuando se bañen, es ofrecer al agua un cuerpo al natural, quiero decir sin afeitado alguno.

SUCEDIDOS...

Van por la calle de Alcalá, acera del León d'Or, el periodista X y el cómico B, ambos conocidos y celebrados. Delante, y en la misma dirección, camina un individuo con sombrero ancho, patillas muy cuidadas y andares que quieren ser toreros.

—Mira ese majadero—le dice B á X—¿Qué apuestas á que le doy una patada y me da las gracias?

Y dicho y hecho. B toma velocidad y acerca con fuerza su pie derecho al lugar que el chulo destina á sentarse.

El acometido se vuelve y antes de que pueda «resolver», B le dice:

—Usted perdone; le había confundido con Machaquito.

—No hay de qué; muchas gracias—contesta el chulo muy satisfecho.



—Pero, chica, ¿te vienes sin la comida?...
—Ha dicho madre que por haberla pegao esta mañana va usted á comer puntas...
—¿Ha dicho de jamón?

NUESTRAS COCOTAS

AMALIA LORENZO

L domingo pasado, á la salida de los toros, en el instante mismo en que la sir pática *Anunciata* encaramada en su coche, nuevo y llamativo, nos saludaba á Tovar y á mí, y á otros amigos, oí que una voccecita, melosa y fresca, prncnuciaba mi nombre.

—¡Luisito... Luis!

Era Amalia Lorenzo, que arrogante y hermosa, puesta en pie, en un coche magnífico, de dos caballos y lacayo, me llamaba.

Entre las bromas de mis amigos avancé junto á ella y hablamos un instante. Vive en Madrid, Amalia, calle de..., y me invitaba á tomar el té una tarde de estas. La prometí que iría y nos despedimos.

*

¡Amalia Lorenzo!... He aquí un nombre eufónico y vulgar, que me recuerda otros días y otro mundo... Era yo un muchachito y vivía con mis padres, en un pueblo chiquitín de la provincia de Almería, cerca de Adra, en la costa del Mediterráneo, donde mi padre ejercía de médico.

¡Qué feliz era entonces!... Apenas había cumplido los trece años y todo era contento á mi alrededor. Una enfermedad grave, sufrida pocos meses antes, decidió á mis padres á no hacerme continuar aquel año el bachillerato, que ya había comenzado, y corriendo y jugando en el campo y en el mar vivía...

Mi diversión preferida era co-

rrretear en una barquita por el mar. Un pescador á quien curó mi padre, agradecido, me regaló una, y en ella estaba casi siempre.

Amalia Lorenzo, poco mayor, pero también una chiquilla, con otras muchachas y muchachos del lugar, me acompañaba frecuentemente. ¡Qué excursiones hacíamos más pintorescas!... Ibamos á los pueblecitos cercanos, á los casefios inmediatos á la costa... Otras veces nos dedicábamos á pescar.

Una tarde, en junio, cuando comenzaba á caer el sol, salimos en mi barca Amalia; Filo, otra muchacha, hija de un pescador; un amigo mío, que se llamaba Angelito, y yo.

Remábamos Angel y yo, y Amalia y Filo, pendientes de unas cañas, intentaban pescar, sin conseguirlo.

Llevábamos en el mar largo rato, y cuando ya era casi de noche y estábamos á cuatro ó cinco millas de la costa, decidimos volver á tocar tierra.

De pronto, Filo se inclinó, porque creía haber visto unos peces. Fué un instante terrible. La barca se torció hacia babor y Filo cayó al mar y tras ella Angelito, que intentó salvarla.

Nuestra emoción no es para referida. Yo estaba pálido, confundido, loco... Amalia, tirada sobre la barquilla, lloraba.

Cuando, reponiéndonos, miramos á la realidad, nos aterramos. Habíamos perdido los remos y no podríamos avanzar.

Abrazados Amalia y yo, llorábamos. ¿Qué hacer? Nos mirábamos consultando, pero sin hallar á nuestro alcance una solución. El mar es-



AMALIA LORENZO

(Fot. Enrique.)

taba tranquilo, pero la situación, no obstante, era horrorosa...

Fué una noche que no olvidaré nunca. Juntos Amalia y yo, muy juntos, dejándonos llevar por la barquilla á su capricho, fuimos

TOMANDO LA CUENTA



—Oiga usted Anastasia, ¿qué quiere decir esta partida de «X. X... dos pesetas?»

—Pues... las criadillas que tomó el señorito.

—¿Y por qué las apunta usted de esta manera?

—Por si al leerlo le daba reparo á la señorita.

¿parar á un pueblo muy distante del nuestro...

*

Aquella noche fué reveladora de mucho que ignorábamos para Amalia y para mí.

Yo, meses más tarde, fui enviado por mis padres á estudiar á Granada, y cuando regresé al pueblo Amalia ya no estaba en él.

Años después

me contaron que era tal y que vivía de cual espléndida manera. El verano pasado nos encontramos en San Sebastián, y supe que efectivamente vivía en Barcelona, y que la suerte la seguía...

Ahora está en Madrid, y anoche recordando esta historia tan íntima y tan triste, lloramos juntos...

Para mí, Amalia será siempre una buena amiga; pero nada más. ¡Si hubieran conocido esta historia los amigos que me gastaban bromas el domingo cuando me acerqué á saludarla!...

Luis de Ossa.



LA CINTURA

H, la cintur! Si vosotros, hombres, diéseis á la cintur la importancia que tiene!..

La cintur es una parte bellísima del cuerpo femenino. La gracia de sus líneas, y, sobre todo, su elegancia natural, realzan poderosamente la belleza del busto y la de las caderas.

Una cintur mal formada afea todo el cuerpo.

La cintur es el lugar por donde primero se abraza á una mujer, atrayéndola hacia nuestro pecho, y tanta delicadeza é impresionabilidad cabe en ella, que muchas veces se la siente estremecerse al contacto de un beso recibido en la boca con la misma fuerza que si hubiese sido ella quien lo recibiera.

La cintur es una especie de termómetro de la pasión. Cuando la mujer se muestra indiferente ante los agasajos del hombre, la cintur se mantiene firme y erguida; pero conforme el amor la inunda, empieza á doblarse y á desfallecer como planta de estufa á la que azota una ráfaga de viento frío.

Ningún momento hay más dulce en los preliminares del amor, como aquel en que una mujer entrega su cintur en brazos del preferido...

EN BREVE APARECERA

La publicación más barata de España

Editada por la Empresa de La Hoja de Parra, que hace las cosas bien.

POR UN BESO

Por un beso que te dí,
te has enfadado conmigo;
pongo al cielo por testigo
que fué sin mala intención.

Pero sabe, si lo ignoras,
que si en tus labios dí el beso,
yo soy quien lo lleva impreso
en mi amante corazón.

.....
¿No me escuchas? ¡mi palabra
amante, escuchar no quieres?
¡Si entre todas las mujeres
eres tú la más tenaz!

Bien: un arreglo propongo.
¿No es por un beso el agravio?
Pues entonces que tu labio
me lo devuelva y en paz.

A. Lozano.



• VARIEDADES •

Dirigido por Dionisio de las Heras, que sabe de estas cosas una enormidad, va por su tercer número, y cada vez más celebrada, la revista *Variiedades*.

No se trata de un periódico exclusivamente de «varietés». Es una revista varia y amena que se ocupa de todo, y que tiene como colaboradores «de verdad» á José Juan Cadenas, Felipe Trigo, *El Duende de la Colegiata*, Bonnat, Francisco Torres, Zamacois, *Mingo Revulgo*, Sinesio Delgado, Asensio Mas... y más y más y más.

Merece la pena ser leída.



A POR UVIS...

Un viejo calaverón,
ya muy débil y achacoso,

á una chiquilla hacfa el oso
cual bravo calaverón.

Muchas promesas le hacfa
para conseguir su objeto,
pues el vejete querfa

EN EL RESTAURANT



—¿Tiene usted algo caliente?
—Si señor; todo.

.....
algo más que darfa un beso...

Así un día—sin poder—
tras la chiquilla corrfa,
mientras ella le decfa
sofocada y sin ceder:

—¡Viejo verde, no me sigas
y cesa ya de correr,
que por mucho que me digas
no me has de poder coger!

Nicolás Agut.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

ESTABLECIMIENTO TIP. DE EL LIBERAL

LA HOJA DE PARRA

• REVISTA FESTIVA •

APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración inédita de los más ilustres escritores y dibujantes.

NÚMERO SUELTO: CINCO CÉNTIMOS.

APARTADO DE CORREOS, NÚMERO 547.

CERVEZAS

“La Cruz del Campo,,

DE SEVILLA

Ha quedado abierto al público el **DEPOSITO EN MADRID** de esta importante **Fábrica.**

Calle de Sevilla, 2

TELEFONO NUM. 4.000

VENTAS AL POR MAYOR Y MENOR

Pídase en todos los buenos establecimientos de esta Corte.